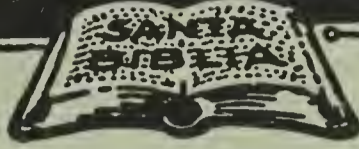


LAP


MENSAJES *del amor de* DIOS



PERIODICALS

PER
BR
7
.M463
no.
433-
529

1962
1961 hasta 1970



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

MENSAJES *del amor de* DIOS



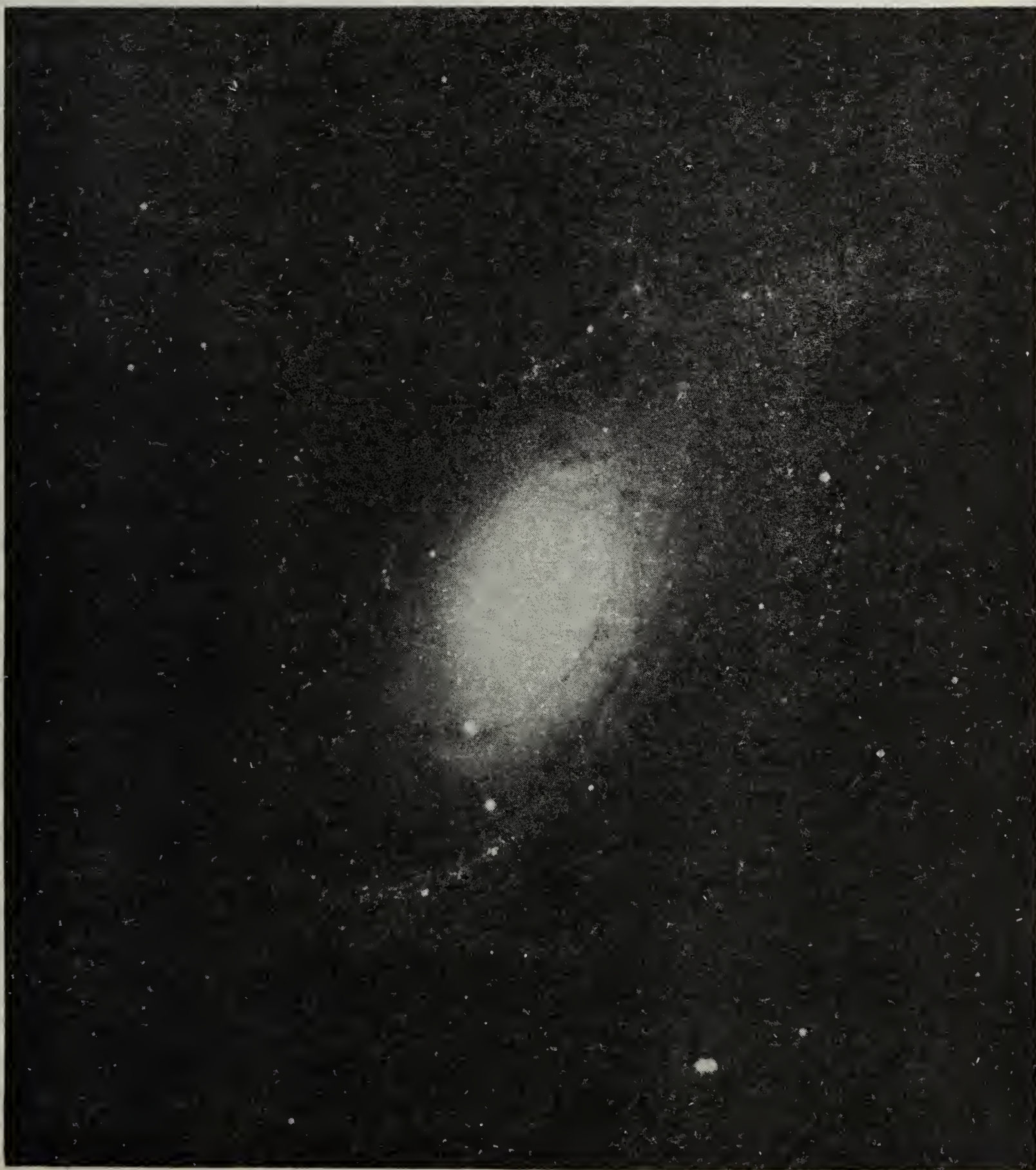
Reg. Artículo de Segunda Clase en Admón. Correos, Cuernavaca, Mor., 18 de Nov. de 1950

Número 451

Cuernavaca, Morelos, México

1 de noviembre de 1963

“Grande es el Señor nuestro y de mucha potencia; y de su entendimiento no hay número.”



“LUCIENTES ESTRELLAS”

“LUCIENTES ESTRELLAS”

“El cuenta el número de las estrellas; a todas ellas llama por sus nombres. Grande es el Señor nuestro, y de mucha potencia; y de su entendimiento no hay número.....

“Alabadle, sol y luna: alabadle, vosotras todas, lucientes estrellas. Alabadle, cielos de los cielos, y las aguas que están sobre los cielos. Alaben el nombre del Señor; porque él mandó, y fueron creadas. Y las hizo ser para siempre y por los siglos” (Salmos 147:4-5; 148:3-6).

Esta fotografía de un maravilloso espectáculo corresponde a una nebulosa espiral perteneciente a los muy lejanos cielos. La fotografía fue tomada por medio de un telescopio enorme con espejo reflector de cinco metros de diámetro, el que está instalado sobre el alto monte “Palomar” del distrito de San Diego, California, E.E. U.U.

Según los astrónomos, esta nebulosa gigantesca encierra una agrupación de millones de estrellas más o menos del mismo tamaño de nuestro sol; está tan lejos de nuestro mundo, que si fuese posible viajar hasta el centro de la espiral, un hombre a caballo, caminando quince leguas al día, tardaría en llegar no menos de ¡trescientos treinta mil millones de millones de años! Para formar una idea del tamaño comparativo de aquella espiral, podemos considerar que el mundo en que vivimos, a su lado ¡adquiere la misma proporción que un granito de polvo en contraste con nuestro mundo!

Pero esta nebulosa es solamente una de las muchísimas otras nebulosas de la inconcebiblemente vasta creación; contiene cada una de ellas millones de estrellas, según nos dicen los astrónomos, añadiendo éstos que su telescopio enorme no tiene suficiente potencia para alcanzar los términos del universo entero (¡ya lo creemos, porque el Dios eterno de poder infinito y de sabiduría incomparable lo ha creado!). En la fotografía se pueden ver otras tantas agrupaciones de estrellas muy lejanas, cuya luz escasamente se percibe.

Así está desplegada en el macrocosmos—en los cielos—la omnipotencia y la sabiduría del Dios eterno; mientras que por otro lado en el microcosmos—en los elementos mínimos de la materia física hechos visibles por el microscopio y otros instrumentos científicos—se echan de ver una sabiduría profunda y un orden maravilloso. En todo se ve la mano del Dios eterno: “las cosas invisibles de él, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidos por las cosas que son hechas; de modo que son inexcusables” (Romanos 1:20). Si esto fue dicho de los paganos en el primer siglo de nuestra era, ¡cuánto más responsables son los sabios del siglo veinte!

TAL SER, DIOS TODO SABIO Y OMNIPOTENTE, EL DIOS ETERNO, ¿se ha tomado algún interés para con el hombre, el cual es como un gusano? ¡Sí! Porque es su NATURALEZA amarlo: “Dios es amor.” (1ª de Juan 4:8, 16, N-C). Son atributos de El su sabiduría, su omnipotencia y su omnipresencia, pero en su corazón Dios es AMOR. ¿Cómo lo sabemos? Por una prueba tangible: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1ª de Juan 4:9).

Nos habremos dado cuenta, tanto usted, querido lector, como un servidor, que somos pecadores, que nuestras propias conciencias han clamado varias veces: “Así es en mí; yo he pecado contra aquel Sér glorioso y santo, contra Dios.” ¿Cómo, entonces, podremos dar razón de nosotros mismos en su presencia santa?

“En esto consiste el amor: no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros, y ha enviado a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1ª de Juan 4:19). ¡“Por los impíos”! (Romanos 5:6). “Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1ª de Ped. 3:18).

Pero tengamos cuidado, querido lector, de no menospreciar la gracia y la

misericordia del Dios majestuoso y santo; porque como existe el cielo, también existe el infierno: "Los malos serán trasladados al infierno, todas las gentes que se olvidan de Dios" (Salmo 9:17).

"El que cree en el Hijo (en el Señor Jesucristo), tiene vida eterna; mas el que es incrédulo al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él." "¿Cómo escaparemos nosotros, si tuviéremos en poco una salud tan grande?" (Juan 3:36 y Hebreos 2:3).

¿CUAL LADRON?

"¡Oh! claro, yo me propongo ser salvo algún día. Pero no hay motivo alguno para que me preocupe por ello. Ya tendré mi oportunidad para ello, aunque sea a última hora. ¡Recuerda el ladrón en la cruz!" Así hablaba descuidadamente un joven al finalizar una reunión evangélica, cuando se le habló acerca de su alma.

"¿Cuál ladrón?" le preguntó sutilmente un interlocutor.

"Ya. Realmente había olvidado que hubo dos ladrones. Me refería al que se salvó," fue su respuesta mientras una expresión ansiosa se reflejaba en su rostro.

"Sí. Uno se salvó y ahora está en el cielo. El otro tuvo una oportunidad exactamente igual, para salvarse, y ahora está gimiendo en el infierno. Pero ¿qué garantía tienes de que no vas a pasar la eternidad tal como el ladrón que se perdió, y no como el que fue salvo?"

Fueron unas palabras acertadamente dichas, un dardo que destruyó el débil andamiaje de sus falsas convicciones. Se mostró al joven la locura de retardar por más tiempo una decisión y aquella misma noche recibió al Señor Jesús como a su Salvador personal y fue salvo para la eternidad.

Miles como aquel joven olvidan que en realidad hubo "dos ladrones". Recuerdan la misericordia de Dios salvando a uno, mientras olvidan el juicio de Dios que cayó sobre el otro. Descuidadamente no se preocupan lo más mínimo, esperando salvarse en el último

instante; ¡pero desgraciadamente, cuántos a quienes el evangelio les ha sido presentado a menudo mueren en sus pecados y perecen para siempre! Han estado vanagloriándose durante demasiado tiempo de la paciencia de Dios y rechazando su gracia hasta que "no hubo ya remedio alguno".

Nosotros te preguntamos, querido lector, con todo amor, ¿cómo cuál ladrón quisieras ser? Recordamos en cierta ocasión cuando hicimos esta misma pregunta a una joven distinguida y atractiva, viajando a bordo de un buque. Su respuesta llena de indignación fue esta: "¿Ud. no intentará decirme que yo tendré que ir al cielo como el ladrón en la cruz, verdad?"

"No, señora", le contestamos, "no es preciso que vaya así, pero si rechaza a Cristo, deberá ir al infierno con el otro".

Y ahora queremos hacer presente al lector:

El ladrón salvo creyó en el Hijo de Dios y ahora está con Cristo.

El ladrón perdido despreció al Salvador, y ahora se halla en las profundidades de desesperación.

Debes estar con uno o con otro por toda la eternidad.

"Por lo cual teme que en su ira no te quite con golpe, el cual no puedas apartar de ti con gran rescate". (Job 36:18)

Jesús dijo "esta parábola a algunos que confiaban mucho en sí mismos,teniéndose por justos, y despreciaban a los demás: Dos hombres subieron al templo a orar, el uno fariseo, el otro publicano. El fariseo, en pie, oraba para sí de esta manera: ¡Oh Dios!, te doy gracias de que no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, pago el diezmo de cuanto poseo. El publicano se quedó allá lejos y ni se atrevía a levantar los ojos al cielo, y hería su pecho, diciendo: ¡Oh Dios, sé propicio a mí, pecador! Os digo que bajó éste justificado a su casa y no aquél. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado" (Lucas 18:9-14, N-C).

UN ESTUDIO DE
LAS SAGRADAS
ESCRITURAS
SAN JUAN 13:33-38, N-C

“Hijos míos, un poco aún estaré todavía con vosotros; me buscaréis, y como dije a los judíos: A donde yo voy, vosotros no podéis venir, también os lo digo a vosotros ahora” (v. 33).

El Hijo de Dios —el Señor Jesús— había venido del Padre y al Padre iba a volver (compárese Juan 8:14: “porque sé de dónde he venido y a dónde voy”). Nadie podía seguirle en aquel entonces, pues el camino al Padre no estaba franco al hombre pecador hasta que Cristo hubiese hecho la expiación por el pecado en la cruz.

“Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, así también amaos mutuamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si tenéis caridad unos para con otros” (vvss. 34, 35).

El Señor dirigió estas bellas palabras sólo a los que El había escogido, no a todo el mundo; no es posible que los que todavía no han creído en el Señor Jesucristo se amen unos a otros como Cristo ama a sus redimidos. Los que no son hijos de Dios por fe en Cristo Jesús (Gálatas 3:27) no aman, sino se aborrecen los unos con los otros: “porque también éramos nosotros necios en otro tiempo, rebeldes, extraviados, sirviendo a concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y en envidia, aborrecibles, aborreciendo los unos a los otros” (Tito 3:3). Pero los hijos de Dios (¿eres tú uno de ellos?) se hallan en el deber de manifestar en este mundo de quién son, mostrando amor los unos para con los otros, para que los demás hombres se den cuenta que el verdadero Dios es el de los cristianos.

“Díjole Simón Pedro: Señor, ¿adónde vas? Respondió Jesús: A donde yo voy, no puedes tú seguirme ahora; me seguirás más tarde” (v. 36).

Pedro seguiría a Jesús después, y por el camino del martirio, pero no podía seguir al Señor a “muerte de cruz” en ese momento terrible y tan cercano.

“Pedro le dijo: Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré por ti mi vida.” (v. 37).

Pedro, siempre pronto a hablar y actuar, y confiado de sí mismo, ofreció espontáneamente poner su alma (su vida) por su Señor, jactándose de su fidelidad propia.

“Respondió Jesús: ¿Darás por mí tu vida? En verdad, en verdad te digo que no cantaré el gallo antes que tres veces me niegues” (v. 38).

El Señor tuvo que advertirle que no solamente no arriesgaría su vida por El sino que iba a negarle no una sola sino tres veces antes de que el gallo cantase en esa misma noche.

Posiblemente tú querido lector, hayas creído que eres buen hombre, que guardas todos los mandamientos de Dios, que no hubieras hecho lo que Pedro hizo, que eres amigo fiel de Cristo, etc. No sientas pisar tan firme, porque la palabra de Dios te va a quitar todo el terreno de debajo de tus pies, pues declara terminantemente que “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

Antes de que te creas capaz de poner tu vida por Cristo, debes creer que Cristo puso su vida por ti, un indigno pecador. Cristo “no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28). ¿Eres uno de los “muchos” por los cuales El murió?

TODA CORRESPONDENCIA debe dirigirse al Redactor con despacho al público en la Editorial “Mensajes del Amor de Dios”.

J. Hárrison S., Domingo Diez 503 M, Cuernavaca, Morelos, México.

SE MANDA GRATIS AL QUE LO SOLICITE.

Nótese: todas las citas de las Sagradas Escrituras señaladas “N-C” son de la versión católica traducida directa al español de los idiomas originales, el hebreo y el griego, por Nácar y Colunga, 13ª edición, 1963.

